

delito desaparece, todo crimen se aprueba, todo desórden es permitido. ¡Ó Dios inmortal, vuelvo á clamar, justo eres Señor, y rectos son vuestros juicios! Confúndase el hombre que no cree tu existencia á la vista de sus delirios, tan contrarios á la recta razon como á la virtud. Confúndase al mirarse degradado por sí mismo de su dignidad intelectual, y reducido á la clase de las bestias, y hecho semejante á los jumentos insipientes. Confúndase al verse mas infeliz, mas miserable y mas desgraciado que todos los brutos. Y si estas verdades no le confunden, confúndase siquiera al considerar la utilidad que le resultaria de que hubiera un Dios.

De hecho, supongamos por un momento que no haya Dios, y preguntemos : ¿si le seria útil al hombre que le hubiera? Pero ay! ¡qué lengua de ángeles ni de hombres podria explicar los infinitos bienes que le resultarian, y los innumerables males de que se veria libre el hombre, habiendo Dios! Empecemos á decir algo por lo mas comun, mas fácil y mas experimentado. ¿Quién es aquel pobre que lleno de llagas, cubierto de andrajos y hecho una miseria, pide una limosna á las puertas de aquel poderoso que se la niega? Es un hombre justo, un hombre de bien, un hombre manso, humilde, modesto y paciente : es el pobre Lázaro, á quien los perros que alimentaba aquel rico, obsequiaban y socorrian lamiendo suavemente sus llagas, y aliviándole en sus dolores, que la dureza del corazon de aquel avaro inhumano multiplicaba. ¿Qué utilidad le resultaria de que hubiera Dios? La de recibir con paciencia y con mérito aquella injusta repulsa; la de esperar tranquilamente el premio de su virtud despues de unos pocos dias de tribulacion; la de verse en el seno de la eterna felicidad, y vivir contento en el ínterin con su suerte. ¿Quién es aquel hombre, al parecer tan desgraciado, que ve robadas sus haciendas, muertos violentamente sus criados y sus hijos, derribadas sus casas y robados sus ganados? ¿Quién es aquel hombre, ántes tan rico, y ahora tan pobre? ¿ántes tan robusto, y ahora tan débil? ¿ántes tan respetado de su pueblo, y ahora insultado de sus amigos? ¿ántes lleno de bienes en su casa, y ahora tendido en un muladar? El santo Job que con un casco de teja está rayendo los gusanos que manaban de sus llagas encanceradas. ¿Por qué no se irrita con sus gravosos amigos? ¿por qué no se revuelve encolerizado contra su propia mujer, que le impropera su simplicidad y su candor?

¿por qué no maldice su desventura? ¿por qué no se desespera para acabar de una vez con el cúmulo de sus desgracias? Porque pensaba que Dios existia; se le figuraba que su mano omnipotente repartia los bienes y permitia los males; y que si recibimos con placer los consuelos que nos envía, tambien debemos tolerar con paciencia las tribulaciones con que nos prueba. Esta persuasion le anima, esta le sostiene, esta le hace invencible á las desgracias; esta le saca con felicidad de todas ellas; esta le hace dichoso en la vida, y esta le hace dulce y preciosa su muerte. ¿Quién es aquel hombre perseguido, encarcelado, azotado y últimamente descabezado? ¿Aquel hombre que viajó por tantos países, que curó tantos enfermos, que padeció tantos naufragios, que sufrió tantos interrogatorios en los tribunales, tantas calumnias de sus injustos perseguidores, y que en todas partes experimentó tanta sed, tanta hambre, tantas cadenas y tanta infinidad de trabajos? ¿Qué utilidad podria resultarle á este gran Pablo de la existencia de Dios? El experimentar el socorro de su gracia poderosa, con la que fortalecido desafiaba al cielo y á la tierra, á la vida y á la muerte, á los ángeles y á los hombres, con la seguridad de que nada podria separarle del amor de aquel Ser eterno, de cuya existencia no dudaba. ¿Hasta dónde podríamos llegar con estas preguntas? Ceñid por ahora vuestros pensamientos á ponerlos en aquel virtuoso matrimonio, en el que aplicado y trabajador el marido en el cultivo de los campos, ó en su taller y oficina; en el que hacendosa, muy aseada y recogida en su casa la mujer, su marido la ama tiernamente : ella honra, respeta y estima á su marido : ambos crian sus hijos, y en su casa reina la paz, el amor, la fidelidad, la decencia y la modestia. Pasaban dulcemente la vida, cuando una enfermedad viene á llenarles de amargura sus inocentes contentos : una fiebre maligna y unos vivísimos dolores postran en una cama al marido, cesa el jornal, y con él el alimento de todos. La mujer, afligida mirando con dolorosa tristeza á su marido, prorrumpe en amargas lágrimas, y los tiernos hijos la acompañan en ellas. Aflígese el enfermo al escuchar los suspiros y mirar las lágrimas de su buena esposa é inocentes hijos, y á pesar de la firmeza de su corazon se le humedecen los ojos. Levántalos al cielo con filial confianza de que existe una Providencia adorable que mantiene las aves del cielo, los peces del mar, los animales

de la tierra, y cuida muy particularmente de los hombres, como de su obra la mas perfecta; y con esta idea religiosa se tranquiliza esperando el socorro de su grande necesidad. Sale en busca de su alivio su mujer triste, y halla desvíos en vez de socorros, desprecios en lugar de beneficencias, y tropiezos á su pudor donde deberia hallar consejos oportunos para conservarle. Ó qué situacion tan dolorosa! sin la idea de la divinidad no dista un paso de la desesperacion. Pero vuelve á poner sus ojos y su corazon en el cielo, y allí ve un Ser eterno, que supo sacar á Josef de la cárcel, á Tobías de la cautividad, á Susana de las calumnias, á Judit de los peligros, á Ester de la sentencia de la muerte, á Daniel del lago de los leones, y á Lázaro del sepulcro. Clama al Señor en su tribulacion, y es oído; pide y es socorrido; y sin que comprenda los medios de que se vale la divina Providencia para su alivio, le siente y experimenta.

¿Dónde hallaréis vosotros, ridículos y extravagantes ateístas, estas preciosas utilidades en vuestros monstruosos sistemas? ¿Las hallaréis en los delirios de Epicuro sobre el alma, los dioses y el mundo visible? ¿Pero cómo llamaremos alma racional que piensa, calcula, elige, combina y quiere, una alma material compuesta de partes divisibles y perecederas? ¿Cómo nombraremos dioses unos seres sumergidos en sus delicias eternas, sin cuidado de sus criaturas, sin atencion á sus acciones, sin sentimiento ó desaprobacion de sus vicios, y sin aprobacion ni premio de sus virtudes? ¿Cómo nos persuadiremos á que esta admirable máquina del universo, el periódico movimiento de los astros, la fecundidad de la tierra, las corrientes de los rios, el conjunto de las aguas en los mares, la variedad y número incalculable de las flores, las yerbas, los árboles, los frutos, los animales, las aves y los peces, con toda la dulcísima armonía y hermosísima perfeccion con que marchan á su destino; es obra del ciego acaso, y efecto del encuentro de los átomos cónicos, cilíndricos, piramidales, ovalados, rectilíneos, curvos y ramosos, que volteando en el vacío inmenso por toda la eternidad, formaron los cielos y la tierra, con cuantas criaturas en sí contienen? ¿Pueden darse monstruosidades mas extravagantes? Mi alma es materia, y piensa? El mundo es criatura, y es eterno? Dios existe, y no tiene providencia? ¿Qué Dios, qué mundo y qué alma son los que enseña Epicuro? ¿Qué utilidades me

resultan de esta alma, de este mundo y de este Dios? ¿Las hallaré en el sistema de Espinosa (1)? Este hombre, judío por origen, y extravagante por principios, no debió su reputacion y renombre, sino á los excesos de su irreligion é impiedad. Por ellas se atrajo la indignacion de sus padres, y para sustraerse de los castigos que tenia bien merecidos por su libertinaje, substituyó, mas por política que por persuasion, el protestantismo en Holanda al judaísmo en que le habian educado. Confundiendo la idea de la sustancia, universal, genérica y abstractivamente tomada, con la misma, segun que existe en los particulares seres, concluyó que no habia en toda la naturaleza mas que una sola sustancia, necesaria, eterna, inmutable en su esencia y en su existencia, á quien dió el nombre de Dios. Esta sustancia, dijo, que es única y eterna, es capaz de dos modificaciones, conviene á saber, de extension y de inteligencia. En cuanto se la considera extendida, se llama materia; y en cuanto piensa y entiende, se llama espíritu; pero considéresele como materia ó como espíritu, ella es Dios. Las partes de esta materia universal y única son el hombre, el bruto, la tierra, el agua, el ayre, el fuego, la luz, los vegetales, los minerales, y otras cosas semejantes. Esta sustancia única y universal, este Dios de Espinosa, tirano en Neron, bienhechor en Tito, casto en Lucrecia, voluptuoso en Sardanápalo, que ruge en el leon, silba en la serpiente, ladra en el perro, nace en el niño, y muere en el viejo, nada pierde en su indivisibilidad é indistincion en tantas variaciones y asombrosas metamorfosis, porque el espíritu y la materia, el hombre y el caballo, segun Espinosa, son una misma naturaleza, una misma sustancia, necesaria, inmutable y eterna, que no se diferencia en los individuos sino por la variedad de sus modificaciones. Decídme, carísimos hermanos míos, á quienes Dios agregó al cristianismo por el sacramento del Bau-

(1) Espinosa es el que mas ateístas ha hecho, porque escribió un libro en método geométrico, diciendo que no podia haber mas que una sola sustancia, y por consiguiente no habia dos, cuales son Dios y criaturas; y la prueba que da, es, que la sustancia es un ser que existe en sí, y en esto convienen Dios y la criatura: luego serán, dice, una misma sustancia. Por poco discreto que sea un lógico, dará esta distincion: la sustancia es un ser que existe en sí; pero hay sustancia que no tiene esta existencia de sí misma, cual es la criatura; y hay sustancia que no la recibió de otro, y esta es Dios. Con sola esta distincion cayó todo el libro geométrico de Espinosa, porque cayó la primera proposicion en que está fundado. Pero los hombres viciosos reciben con ansia todo discurso, bueno ó malo, cuando se les dice, que no hay un Dios que aborrece la maldad y la castiga.

tismo, ¿es menester mas para refutar un sistema tan miserable y monstruoso, que proponer sus principios sencilla y claramente como lo hemos hecho? Dios materia? El hombre, el bruto y la piedra, no se diferencian mas que en las modificaciones de la naturaleza? Si estos no son delirios de hombres despiertos, ¿cómo podremos llamar disparates y despropósitos á los que profieren los dementes mas rematados?

¿Se mostrarán ménos absurdos los del autor del Tellamed? Confieso que al escuchar á aquel frances que fué cónsul de su nacion en el Gran Cairo á principios del siglo pasado, no sé á cuál siga primero en la risa ó en el llanto, á Demócrito ó á Heráclito. Sus extravagancias mueven á risa, los extravíos de la razon causan lástima. Él supone con Epicuro y Lucrecio la existencia de una materia eterna é increada, de que forma en su cerebro el globo terrestre, y los globos celestes; pero de tal manera, que ellos mismos se trasforman unas veces en cuerpos luminosos y abrasadores, y otras en cuerpos húmedos y tenebrosos. La tierra, dice, estuvo en otros tiempos cubierta y envuelta en un inmenso volúmen de agua, que se fué luego disminuyendo por el calor del sol que desecaba y absorbía su humedad, y con la sucesion de los tiempos llegará el sol á absorberla enteramente; y entónces la tierra árida y seca se encenderá y arderá toda hasta consumirse las materias inflamables. Estas materias inflamables consumidas despues de millares de siglos, volverá á aparecer la tierra opaca y llena de sombras, y absorbiendo los vapores y humedades del vacío inmenso, se llenará de agua como la esponja, y se mostrará otra vez cubierta de agua, pasando la tierra á ser Océano, despues á tierra, luego á sol; y á este modo se irán trasformando los planetas, las estrellas, el sol y demas cuerpos celestes, pasando de cuerpos luminosos á oscuros, de húmedos á secos, y volviendo en la inmensa sucesion de los siglos, los cuerpos secos y oscuros, á ser húmedos y luminosos.

La creacion de los hombres y los brutos no deben su existencia á un Dios criador, sino á la materia eterna que por su virtud vivificante los ha formado y animado, dándoles la propiedad de multiplicarse y reproducirse. Todos, dice, salieron del agua: los hombres y los animales terrestres, segun este autor, son una especie de peces, que se quedaron en seco, cuando las aguas que cubrian la tierra se fueron disminuyen-

do: entónces aparecieron los hombres, los toros, los caballos, los elefantes, los leones, los camellós, las liebres, los perros y los demas animales que vemos. Todos precisamente perecerán, cuando la tierra arda y se abraze, convertida en sol: luego despues de millones de siglos volverán á nadar como animales acuáticos, cuando la tierra, que se habia trasformado en sol, cese de arder, vuelva á humedecerse y convertirse en agua, y así sucesivamente para siempre. ¿Reímos ó lloramos al escuchar una imaginacion tan destemplada y sin freno? un juicio tan torcido y tan falso? una ignorancia tan profunda de la fisica? ¿Podríamos mejor demostrar la existencia de Dios, que refiriendo los despropósitos que necesariamente profieren los insensatos, que en su corazon, en sus palabras ó en sus escritos la niegan? *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in studiis suis.* Ello es un problema: si la Religion es mas respetable y augusta por el carácter de luz y de verdad que la ciega impiedad le sustituye, cuando trata de oponérsele. Lo cierto es que en este asunto no se puede demoler ni destruir con una mano, sin edificar y sostener con otra. No se puede destruir la existencia de un Dios, sin caer en el absurdo de hacer eterna la criatura. No se puede negar la espiritualidad é inmortalidad del alma del hombre, sino probando que la materia es capaz de las mas sublimes inteligencias. Es imposible negar la providencia de Dios, sin precipitarse en la idea horrible de un Dios sin sabiduría, sin santidad y sin justicia. Ved, hijos míos, con cuánta razon ántes de demostrar con pruebas irresistibles la verdad de la santa Religion que felizmente profesamos, he procurado daros una ligera idea de las extravagancias y delirios de los que frenéticos la contradicen.

Pero nosotros, que pensamos de Dios en bondad, ¿cuánta utilidad sentimos en persuadirnos que existe un criador que en el principio sacó de la nada los cielos y la tierra? ¿que mantiene, conserva y dirige todas las criaturas, que produjo su mano omnipotente? que nos alumbró con la luz del sol, la luna y las estrellas? ¿que nos alimenta y recrea con tantos frutos y flores de la fecunda tierra? con tantas aves del aire y peces del mar? ¿que nos admira y encanta con la armonía admirable de esta famosa fábrica del universo? con las revoluciones periódicas de los globos celestes? ¿con la nunca interrumpida serie de ge-

neraciones de los seres vegetativos, sensitivos y racionales? ¿que nos habla en fin, por todas sus criaturas, cuando ellas nos dicen : *ipse fecit nos, et non ipsi nos?* ¡Qué mayor consuelo para nuestras almas que la firme persuasión en que vivimos, de que existiendo un Redentor, nos hallamos libres de la esclavitud del pecado por su vida, su pasión y su muerte; provistos de abundantes gracias que nos previenen, mueven y excitan para practicar la virtud, nos acompañan y fortalecen para obrar virtuosamente, y nos tranquilizan y alegran por haberla practicado, sostenidos con los venerables sacramentos de su Iglesia, para resistir con firmeza los ataques de los irreconciliables enemigos de nuestras almas, y esperanzados de lograr su amable compañía por todos los siglos en la patria feliz de los vivientes! ¡Qué memoria tan dulce la de suponer con certidumbre que tenemos todos un Padre celestial que está en los cielos, que tiernamente nos ama, pacientemente nos sufre, poderosamente nos defiende, y magníficamente nos premia! ¡Un maestro que con vigilancia nos enseña, con mansedumbre nos corrige, y con oportunidad nos encamina para obrar el bien, y huir el mal; dándonos saludables sentimientos, cuando cometemos el pecado, y consuelos dulces, cuando practicamos la virtud! ¡Un médico divino, que nos proporciona los remedios mas eficaces para preservarnos de las enfermedades del alma, para sanarnos de ellas, cuando por nuestra desgracia las hemos contraído! ¡Cuánta utilidad, cuánto consuelo, cuánta paz nos resulta en este valle de lágrimas de suponer que existe un poderoso protector, un amigo fiel, un esposo amable, en una palabra, un verdadero Dios!

Y si de negar la existencia del Ser eterno, santo, justo y omnipotente resultan necesariamente tantos absurdos, y de suponer solamente que si existiera, experimentaríamos precisamente tantas felicidades; ¿de cuántos males nos libraremos, y cuántos bienes adquiriremos, si creemos, como es así, que real y verdaderamente existe este Ser, espiritual en su sustancia, eterno é increado en su naturaleza, y abismo insondable de todas las perfecciones? ¡O alma mía, alégrate en tu Dios omnipotentísimo, santísimo, justísimo, hermosísimo, estable é incomprendible, simplicísimo y perfectísimo, invisible, y que todo lo ve, inmutable, y que todo lo muda; á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad

corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan! Regocíjate en tu Dios, á quien ni la memoria da, ni el olvido quita, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden, porque todas las tiene presentes en su inmutable eternidad. Él es á quien ni el origen dió principio, ni los tiempos aumento, ni los siglos darán fin. Alégrate, vuelvo á decir, alma mía, porque Dios es el que crió todas las cosas sin necesidad, el que las sustenta sin trabajo, el que las rige sin fatiga, y el que las mueve sin ser movido. Él es todo ojos, porque todo lo ve; todo manos, porque todo lo obra; y todo piés, porque todo lo sustenta. Él es el que está dentro de todas las cosas sin estrecharse, fuera de todas sin dejarlas, debajo de todas sin abatirse, y sobre todas sin envanecerse.

Ó sumo y verdadero Dios! ¡ó suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las criaturas que tienen verdadera y bienaventurada vida! Vos sois, Señor, la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso, todo cuanto hermoso y bueno vemos en las criaturas. Vos sois el que mandáis que os pidamos, y hacéis que os llamemos, y nos abris, cuando llamamos. Apartarse de vos es caer, llegarse á vos es levantar, y estar en vos es permanecer. Dios es de quien nadie se aparta si no es engañado, á quien nadie busca si no es amonestado, y á quien nadie halla si no está purificado. Conocer á Dios es vivir, servir á Dios es reinar, alabar á Dios es salud, alegría y mérito de quien le alaba.

¿Pero qué, alma mía, existe real y verdaderamente este Ser eterno, infinitamente perfecto, justo y santo? Negando su existencia, se ha de caer precisamente en las consecuencias mas absurdas y en los delirios mas extravagantes, como lo hemos visto: suponiendo que existe, nos resultarían las ventajas y utilidades mas evidentes, como lo hemos tocado. ¿Qué resta pues, sino proferir con la boca, confirmarlo con el corazón y sellarlo con la sangre de nuestras venas: que sí, que es verdadera la existencia de Dios? Y esta es una verdad que se procurará demostrar en el sermón siguiente hasta la misma evidencia. Temblad; pecadores, porque en las manos de este gran Dios habéis de venir á caer, y si os halla sin penitencia, vuestra pérdida eterna es irrevocable. Alegraos, justos, porque desde los brazos de este amable Dios, será colocada vuestra alma en los descansos de la eterna gloria.